

LOS MOOMINS Y LA GRAN INUNDACIÓN.

Y debía de ser mediodía, de un día de finales de agosto, cuando el Moomintroll y su madre alcanzaron la parte más profunda del gran bosque. Con el silencio y la penumbra entre los árboles uno podía pensar que ya estaba anocheciendo. Por todas partes crecían flores gigantes que brillaban con luz propia como si fueran lámparas, y al fondo de las sombras había unos puntitos verde claro que se movían.

–“Luciérnagas” –dijo Moominmamma, pero no tenían tiempo de pararse a mirarlas más de cerca. Habían salido a buscar un sitio agradable y cálido donde construirse una casa en la que vivir antes de que llegara el invierno. Los moomintroll no soportan nada bien el frío, así que la casa tenía que estar lista como muy tarde en octubre.

Siguieron caminando y cada vez se adentraban más en la oscuridad. Al cabo de un rato el Moomintroll empezó a tener miedo y le preguntó entre susurros a su madre si creía que había animales peligrosos allí dentro.

–“Lo dudo” –dijo ella–, aunque creo que sería mejor que nos diéramos un poco más de prisa, a pesar de todo. Y si viniera algún bicho peligroso, espero que seamos lo bastante pequeños como para pasar desapercibidos.

De pronto el Moomintroll agarró a su madre muy fuerte del brazo.

–“¡Mira!” –dijo, y estaba tan asustado que la cola se le había puesto tiesa. Entre las sombras, detrás de un tronco, había dos ojos observándolos fijamente. Al principio su madre se asustó también, pero después se relajó.

–“Creo que no es más que una pequeña criatura. Espera, voy a iluminarlo. A oscuras las cosas siempre parecen mucho peores de lo que son, ¿sabes?”

Y luego cogió una de las grandes flores que brillaban y alumbró la oscuridad. Entonces pudieron comprobar que, en efecto, allí había una pequeña criatura, de aspecto amable y que parecía un poco asustado.

–“¿Ves?” –dijo Moominmamma.

–“¿Qué sois vosotros?” –preguntó la pequeña criatura.

–“Soy un moomintroll” –dijo Moomintroll, que ya se había vuelto valiente otra vez–. “Y ella es mi madre. Espero que no te hayamos molestado.” (Es evidente que su madre lo había enseñado a ser amable.)

–“Al contrario” –dijo la pequeña criatura–. Me estaba poniendo bastante triste aquí sentado y echaba de menos un poco de compañía. “¿Tenéis mucha prisa?”

–“Sí” –respondió Moominmamma–. Estamos buscando un sitio bien soleado para construirnos una casa. Pero a lo mejor te apetece acompañarnos.

–“¡Claro que me apetece!” –exclamó la pequeña criatura, que se acercó a ellos de un brinco–. “¡Me he perdido y creía que nunca más volvería a ver el sol!”

Y así continuaron los tres, con un gran tulipán para alumbrar el camino. Pero a su alrededor la oscuridad cada vez era más profunda y las flores brillaban con menos intensidad bajo los árboles, hasta que al final las últimas se apagaron.

Un poco más adelante vieron los reflejos de una superficie de agua negra y el aire se volvió pesado y frío.

–“Uy, qué horror” –dijo la pequeña criatura–. “Es la ciénaga. Yo no me atrevo a acercarme.”

–“¿Por qué no?” –preguntó Moominmamma.

–“Pues porque ahí vive la Gran Serpiente” –dijo la pequeña criatura con un hilillo de voz y mirando hacia todas partes.

–“Bah” –dijo el Moomintroll, haciéndose el valiente–. “Somos tan pequeños que seguro que no se da cuenta. ¿Cómo vamos a encontrar la luz del sol si no nos atrevemos a cruzar? Venga, vamos.”

–“Vale, pero sólo un trocito. Hay que ir con cuidado. ¡Y bajo vuestra responsabilidad!”

Comenzaron a cruzar en silencio de una mata de hierba a otra. A su alrededor, el lodo negro borboteaba y susurraba, pero mientras el tulipán luminoso siguiera dando luz estaban tranquilos. En un momento dado, el Moomintroll tropezó y estuvo a punto de caer al agua, pero su madre consiguió agarrarlo en el último momento.

–“Tendremos que seguir en barca –dijo ella–, porque te has empapado los pies. Seguro que te resfrías.”

Entonces sacó un par de calcetines secos de su zurrón y subió al Moomintroll y a la pequeña criatura a una gran hoja de nenúfar. Los tres metieron la cola en el agua a modo de remos y pusieron rumbo al centro de la ciénaga. Bajo el agua vislumbraban seres oscuros que nadaban entre las raíces de los árboles, chapoteaban y se zambullían; la niebla se les echó encima con sigilo.

De pronto la pequeña criatura gritó:

–“¡Quiero irme a casa!”

–“No tengas miedo, pequeña criatura” –dijo el Moomintroll con voz temblorosa–. “Vamos a cantar algo alegre y...”

En ese momento se apagó el tulipán y se quedaron totalmente a oscuras. Y en la oscuridad oyeron un siseo y notaron que el nenúfar comenzaba a balancearse.

–“Rápido, rápido” –gritó Moominmamma–. “¡Que viene la Gran Serpiente!”

Sumergieron las colas aún más en el agua y comenzaron a remar con tanta fuerza que saltaba espuma por la proa. Entonces vieron que la serpiente se les acercaba por detrás.

Tenía aspecto de malvada y sus ojos eran crueles y amarillos.

Remaron cuanto pudieron, pero la serpiente estaba a punto de alcanzarlos y ya abría las fauces y sacaba su larga lengua bífida. El Moomintroll se tapó los ojos con las manos y gritó:

–“¡Mamá!” –Y esperó el momento de ser devorado.

Pero no pasó nada. Luego miró con cautela entre los dedos. Algo muy notable había sucedido. Su tulipán brillaba de nuevo, pues había abierto todos sus pétalos y en medio de ellos había una chica con el pelo azul brillante que le llegaba hasta por debajo de sus pies.

El tulipán brillaba cada vez más y más. La serpiente comenzó a parpadear, y de repente se dio la vuelta a la derecha con un silbido enojado y se deslizó hacia abajo en el barro.

Moomintroll, su madre y la pequeña criatura estaban tan nerviosos y sorprendidos que durante mucho tiempo fueron incapaces de decir nada.

Moominmamma sólo dijo: “Muchas gracias por su ayuda, señora”. Y Moomintroll se inclinó con más fuerza de lo que nunca antes había hecho para la chica de pelo azul más hermosa que había visto en toda su vida. “¿Estabas en el interior del tulipán todo el tiempo?” preguntó la pequeña criatura, tímidamente. “Es mi casa”, dijo. “Puedes llamarme Tulippa”.

Y así remarón lentamente hacia el otro lado de la ciénaga. Aquí los helechos estaban llenos, y debajo de ellos mamá Moomin hizo un nido en el musgo para que durmieran. Moomintroll estaba cerca de su madre, escuchando el canto de las ranas del pantano. La noche estaba llena de extraños sonidos desolados, y necesitó bastante tiempo antes de quedarse dormido.

A la mañana siguiente, Tulippa les mostró el camino, y su pelo azul brilló como la lámpara ultra-violeta más resplandeciente. El camino era cada vez más pronunciado, y al final la montaña se elevaba hacia arriba, tan alto que no podían ver dónde terminaba. “Espero que haya sol allí arriba”, dijo la pequeña criatura, con nostalgia.

“Estoy horrorosamente helado”. “Yo también”, dijo Moomintroll. Y entonces él estornudó. “¿Qué te he dicho?” dijo su madre. “Ahora estás resfriado. Por favor, siéntate aquí mientras enciendo el fuego”. Y entonces ella apiló un montón enorme de ramas secas y lo encendió con una chispa del pelo azul de Tulippa. Se sentaron en círculo mirando el fuego mientras Moominmamma les contaba historias. Ella les contaba cómo eran las cosas cuando ella era joven, cuando los Moomins no necesitaban viajar a través de temibles bosques y ciénagas para encontrar un lugar en que vivir.

En esos días, vivían junto a ellos los trolls de casa en casas de seres humanos, principalmente tras sus estufas. “Muchos de nosotros todavía viven allí”, dijo Moominmamma. “Pero sólo donde la gente todavía tiene estufas. No nos gusta la calefacción central”.

“¿Sabía la gente que estábamos allí?”, dijo Moomintroll.

“Muchos de ellos sí”, dijo su madre. “Nos consideraban como una corriente de aire frío en su cuello muchas veces- cuando estaban solos”.

“Cuéntanos algo sobre Moonminpappa”, pidió Moomintroll.

“Era un Moomintroll inusual”, dijo su madre, pensativa y triste. “Siempre quería moverse, de una estufa a otra. Nunca era feliz fuese donde fuese. Y entonces desapareció – se fue con los Hattifatteners, pequeños osos nómadas”.

“¿Qué tipo de gente son?”, preguntó la pequeña criatura.

“Pequeñas criaturas trolls”, explicó Moominmamma. “Prácticamente son invisibles. A veces se encuentran bajo el suelo de la gente, y puedes oírlos repiqueteando sobre él cuando todo está en silencio por las noches. Pero prácticamente deambulan alrededor del mundo, no se quedan en ningún sitio y no se preocupan por nada. Nunca puedes saber si un Hattifattener está feliz o enfadado, triste o sorprendido. Estoy segura de que ellos no tienen sentimientos”.

“¿Y Moominpappa es un Hattifattener ahora?”, preguntó Moomintroll.

“¡No, por supuesto que no!”, dijo su madre. “Seguramente te habrás dado cuenta de que ellos simplemente lo engañaron para que se fuese con ellos.”

“¡Imaginad que lo encontramos un día!”, dijo Tulippa. “Estaría encantado, ¿no?”.

“Por supuesto”, dijo Moominmamma. “Pero no espero que ocurra”. Y entonces lloró. Sonaba tan triste que todos comenzaron a sollozar, y cuanto más lloraban, más pensaban en las otras cosas que les entristecían, y eso hacía que lloraran más y más. El pelo de Tulippa se tornó pálido y perdió todo su brillo. Después de estar un buen rato así, una fuerte voz resonó, diciendo: “¿Qué estáis gritando por allí abajo?” Pararon a la vez y miraron a su alrededor en todas direcciones, pero no pudieron descubrir quién era el que les había hablado.

Al mismo tiempo, una escalera de cuerda bajó colgando por la roca. Encima de ella un anciano caballero sacó la cabeza a través de una puerta en la montaña. “¿Y bien?”, gritó. “Perdóneme”, dijo Tulippa cortésmente. “Pero como ve, señor, es realmente triste. Moominpappa desapareció y estamos helados y no podemos superar esta montaña para ver el sol, y no tenemos dónde vivir.”

“Ya veo”, dijo el anciano caballero. “Estaréis mejor subiendo a mi casa, en ese caso. Mi sol es el mejor que podéis imaginar”

Era bastante difícil subir por la escalera de cuerda, especialmente para Moomintroll y su madre, pues tenían las piernas muy cortas. “Ahora debéis secaros los pies”, dijo el anciano, y recogió la escalera tras ellos. Después cerró la puerta con cuidado, para que nada dañino pudiera entrar a hurtadillas. Todos ellos subieron una escalera que se movía y que les llevaba dentro de la montaña.

“¿Estáis seguros de que este caballero es de confianza?”, susurró la pequeña criatura. “Recordad, estamos en sus manos”. Y entonces se hizo tan pequeño como pudo y se escondió tras Moominmamma. Entonces, una luz resplandeciente los iluminó, y la escalera que se movía los llevó directos a un maravilloso paisaje. Los árboles centelleaban con colores y estaban llenos de frutos y flores que no habían visto antes y bajo de éstos, en el césped, se extendían relucientes y blancas zonas de nieve. “¡Hurra!”, exclamó Moomintroll, y corrió para hacer una bola de nieve.

“¡Ten cuidado, está fría!”, le dijo su madre. Pero cuando tocó la nieve con sus manos se dio cuenta de que en realidad no era nieve, era helado. Y el césped verde que había bajo sus pies estaba hecho de azúcar fina. A través de los prados, corrían arroyos de todos los colores, espumosos y burbujeantes sobre la arena dorada. “¡Limonada verde!”, exclamó la pequeña criatura, que se detuvo a beber. “No es agua en realidad, ¡es limonada!”. Moominmamma fue derecha a un arroyo que era completamente blanco, ya que a ella siempre le había gustado la leche (a muchos les gusta, al menos, cuando se hacen mayores). Tulippa corría de árbol en árbol cogiendo con los brazos llenos crema de chocolate y dulces, y tan pronto como cogía uno de los frutos brillantes, otro crecía a su vez. Olvidaron sus penas y corrían más y más en el jardín encantado. El anciano les seguía lentamente y parecía muy agradecido por su asombro y admiración. “He hecho todo esto yo mismo”, dijo.

“El sol también”. Y cuando miraron al sol, se dieron cuenta de que realmente no era el verdadero sol, sino una gran lámpara con franjas de papel dorado. “Ya veo”, dijo la pequeña criatura decepcionada. “Pensé que era el verdadero sol. Ahora puedo ver que, ligeramente, tiene una luz peculiar”.

“Bueno, esto es lo mejor que he podido hacer”, dijo el anciano ofendido. “Pero os gusta el jardín, ¿no?”.

“Oh, sí”, dijo Moomintroll, cuya boca estaba llena de guijarros en ese momento (estaban hechos de mazapán) “Si queréis quedaros aquí, os construiré una casa de tarta para vivir”, dijo el anciano. “Me aburro un poco aquí a veces yo solo”.

“Eso sería genial”, dijo Moominmamma. “Pero si no se ofende, creo que deberíamos seguir nuestro camino. Estamos pensando en construir una casa en el verdadero sol”.

“¡No, quedémonos!”, exclamaron Moomintroll, la pequeña criatura y Tulippa.

“Bueno, niños”, dijo Moominmamma, “ya veremos”. Y se acostó a dormir bajo un arbusto de chocolate.

Cuando se levantó, escuchó un tenebroso gemido y se dio cuenta de que era Moomintroll, que tenía un fuerte dolor de barriga (Los Moomins tienen fuertes dolores de barriga muy fácilmente). Se había vuelto bastante redondo de todo lo que había comido, y era terriblemente doloroso. A su lado estaba sentada la pequeña criatura, que le dolían los dientes por todos los dulces y se quejaba aún más. Moominmamma no les regañó, pero cogió dos polvos de su bolso y le dio uno a cada uno, y después le preguntó al anciano si tenía un caliente y agradable bol de avena.

“No, me temo que no”, dijo. “Pero hay un bol de helado batido y otro de mermelada”.

“Hm”, dijo Moominmamma. “La avena es buena para ellos, ¿sabes? Comida caliente es lo que necesitan. ¿Dónde está Tulippa?”

“Dijo que no podía dormir porque el sol nunca se ponía”, dijo el anciano, que parecía infeliz. “Lamento verdaderamente que no os guste esto”.

“Volveremos”, los consoló Moominmamma. “Pero ahora creo que debemos salir al aire fresco otra vez”. Y después cogió a Moomintroll de una mano y a la pequeña criatura de la otra y llamó a Tulippa. “Será mejor que toméis el ferrocarril de regreso”, dijo el anciano cortésmente. “Va directo a través de la montaña y sale en medio del sol”.

“Gracias”, dijo Moominmamma. “Adiós, entonces”. “Adiós, entonces”, dijo Tulippa. (Moomintroll y la pequeña criatura no podían decir nada, pues estaban terriblemente enfermos). “No se merecen”, dijo el anciano.

Entonces cogieron el ferrocarril de regreso a través de toda la montaña a una velocidad vertiginosa. Cuando llegaron al otro lado, estaban bastante mareados y se sentaron en el suelo durante un buen rato para recuperarse. Entonces miraron a su alrededor.

Ante ellos se extendía el mar, brillando bajo la luz del sol. “Quiero bañarme”, exclamó Moomintroll, que por ahora se sentía bien otra vez. “Yo también”, dijo la pequeña criatura, y entonces corrieron bajo la luz del sol hacia el agua. Tulippa recogió su pelo para que no se le estropease y les siguió entrando con mucha cautela.

“Phooh, está muy fría”, dijo.

“No os quedéis mucho tiempo”, dijo Moominmamma y se acostó a tomar el sol, ya que estaba muy cansada.

De repente, una hormiga-león llegó paseando por la arena. Miró muy enfadada y dijo: “Ésta es mi playa! ¡Os tenéis que marchar!”

“Desde luego que no”, dijo Moominmamma. “So there!” Entonces la hormiga-león empezó a lanzarle arena a los ojos y le dio patadas y arañó hasta que ella no pudo ver nada. Cada vez se acercaba más y más, y de repente empezó a cavar en la arena, haciendo a su alrededor un agujero cada vez más profundo. Al final sólo sus ojos se podían ver al final del agujero, y todo el tiempo continuaba lanzando arena a Moominmamma. Ella había empezado a bajar por el agujero e intentaba subir otra vez desesperadamente. “¡Ayuda, ayuda!”, gritaba, escupiendo arena. “¡Salvadme!” Moomintroll la escuchó y salió corriendo del agua. Se las arregló para cogerla de los oídos y tiró y luchó con todas sus fuerzas mientras insultaba a la hormiga-león.

La pequeña criatura y Tulippa llegaron y la ayudaron también, y entonces, al final, se las arreglaron para sacar a Moominmamma del agujero y la rescataron (la hormiga-león siguió excavando por puro aburrimiento y nadie sabe si encontró la salida). Pasó un rato largo hasta que se quitaron la arena de los ojos y trataron de calmarse un poco. Para entonces habían perdido las ganas de bañarse, y siguieron su camino por la orilla del mar buscando un barco.

El sol se estaba poniendo y tras el horizonte amenazadoras nubes negras se juntaban. Parecía que iba a haber una tormenta. De repente vieron algo moviéndose en la orilla a lo lejos.

Era un grupo de pequeñas y pálidas criaturas empujando un barco de vela. Moominmamma los miró durante un rato, y entonces dijo fuerte: “¡Ésos son vagabundos! ¡Ésos son los Hattifatteners!” y empezó a correr hacia ellos tan rápido como pudo. Cuando Moomintroll, la pequeña criatura y Tulippa llegaron, Moominmamma estaba en medio de los Hattifatteners (los cuales sólo le llegaban a la cintura) hablando, haciendo preguntas y moviendo los brazos muy exaltada.

Preguntó una y otra vez si realmente no habían visto a Moominpappa, pero los Hattifatteners la miraron un momento con sus redondos y coloridos ojos y continuaron empujando el barco hacia el agua.

“Oh, cielos”, exclamó Moominmamma. “¡Tenía tanta prisa que olvidé que no pueden hablar u oír nada!” Y dibujó un bonito Moomintroll en la arena con una gran interrogación encima. Pero a los Hattifatteners no les importaba ella para nada, habían bajado el barco al mar y estaban ocupados izando las velas (es probable que no entendiesen qué quería decir, los Hattifatteners son muy estúpidos).

El negro banco de nubes se había alzado y empezaban a moverse olas en el mar.

“No hay nada que hacer, tenemos que ir con ellos”, dijo Moominmamma al final. “La orilla parece oscura y desierta, y no quiero encontrarme otra hormiga-león. “¡Saltad al barco, niños!”

“Bueno, no pensaba hacerlo”, masculló la pequeña criatura, pero subió al barco tras los demás. El barco se dirigió hacia el mar con un Hattifatteners al timón. El cielo se oscurecía cada vez más por todas partes, las partes más altas de las olas tenían espuma blanca, y a lo lejos retumbaban los truenos. Como ondeaba el viento, el pelo de Tulippa brillaba con una débil luz.

“Ahora estoy asustado otra vez”, dijo la pequeña criatura. “Empiezo a desear no haber venido con vosotros”.

“Phooh”, dijo Moomintroll. Pero perdió el deseo de decir nada más y se deslizó junto a su madre. De vez en cuando veía una ola que era mayor que las otras y rompía sobre la proa. El barco navegaba con las velas izadas a todas velocidades. A veces veían una sirena en las crestas de las olas, a veces vislumbraban toda una bandada de trolls de mar. Los truenos resonaban más alto y el relámpago entrecruzaba el cielo. “Ahora estoy mareado también”, dijo la pequeña criatura, y estuvo malo mientras Moominmamma sostenía su cabeza. El sol se había puesto, pero en un rayo de un relámpago vieron a un troll del mar que intentaba subir al barco. “¡Hola!”, gritó Moomintroll por la tormenta, para demostrar que no tenía miedo. “Hola, hola”, dijo el troll de mar. “Parece que vosotros sois parientes”.

“Eso sería genial”, gritó Moomintroll amablemente. (pero pensó que probablemente era un pariente muy lejano, porque los Moomins son una especie mucho mejor que la de los trolls de mar).

“Salta al barco”, le dijo Tulippa al troll de mar, “si no, te dejaremos atrás!”

El troll de mar dio un brinco en el borde del barco y se sacudió el agua como un perro. “Magnífico tiempo”, dijo. “¿Hacia dónde te diriges?”.

“A cualquier parte, siempre y cuando podamos desembarcar”, gruñó la pequeña criatura, que tenía la cara bastante vercosa por el mareo.

“En ese caso debería tomar las riendas del timón un poco”, dijo el troll de mar. “Si sigues este rumbo, acabarás directamente en el mar.”

Y entonces él tomó el relevo del Hattifattener que estaba sentando en el timón, e hizo que el barco cambiase de rumbo. Era extraño lo fácil que era ahora que tenían al troll de mar con ellos. El barco danzaba hacia adelante, y a veces dado grandes brincos sobre las crestas de las olas.

La pequeña criatura empezó a ponerse más alegre, y Moomintroll gritó con deleite. Sólo los Hattifatteners se sentaron mirando al horizonte indiferentes.

No se preocupaban de nada, excepto de viajar de un lugar desconocido, a otro.

“Conozco un buen puerto” dijo el troll marino.” Pero la entrada es tan pequeña que sólo los navegantes superiores como yo podemos manejarlo”. Él se rió muy fuerte e hizo que el barco diese un fuerte salto sobre las olas. Entonces ellos vieron tierra creciendo fuera del mar bajo los relámpagos.

“No hay nada que te guste” dijo el troll marino. “¡Aguanta, ahora, que nosotros vamos a navegar hacia el puerto ya!”

En ese mismo momento el barco se precipitó por un barranco negro en el que la tormenta aullaba entre las altísimas rocas. La espuma blanca del mar daba contra las rocas y parecía como si el barco se estuviera sumergiendo directamente en ellas. Pero él voló como un pájaro hacia un gran puerto donde el agua transparente estaba en calma y verde como en una laguna.

“Gracias Dios” dijo Moominmamma, por no dejar que ella confiase de verdad en el troll marino. “Sin duda parece agradable”.

“Depende de cómo lo mires” dijo el troll marino “Supongo que a mí me gusta más cuando una tormenta es atroz. Sería mejor que me fuera allí otra vez antes de que las olas sean más pequeñas”

Y entonces él dio un salto mortal hacia el mar, y se fue.

Cuando los Hattifatteners vieron una tierra desconocida antes que ellos, se animaron ; algunos empezaron a enrollar las velas y otros cogieron los remos y remaros ávidamente hacia la floreciente y verde orilla.

El barco se puso en el prado que estaba lleno de flores salvajes , y Moomintroll saltó a tierra con la cuerda de amarre.

“Ahora inclínate y agradece a los Hattifatteners por el viaje” dijo Moominmamma. Y Moomintroll hizo una gran reverencia, y la pequeña criatura movió su cola en señal de agradecimiento.

“Muchas gracias” dijeron Moominmamma y Tulippa, y ellas hicieron una reverencia bajando hasta el suelo. Pero cuando miraron hacia arriba otra vez, los Hattifatteners se habían ido por su camino.

“Creía que se habían hecho invisibles” dijo la pequeña criatura. “Gente divertida”

“Pero tengo un hambre terrible” dijo Moomintroll. “Yo también” , dijeron la pequeña criatura y Tulippa , y entonces todos miraron a Moominmamma. “Vale, está bien” dijo ella, y entonces se fue a la torre y tocó la puerta. Después de un ratito una ventanilla en la puerta se abrió y un niño con el pelo completamente rojo se asomó. “Has sido náufrago?” “Casi” dijo Mominmamma. “pero realmente estamos hambrientos”. Entonces el niño abrió la puerta y los invitó a pasar. Y cuando vio a Tulippa él le hizo una gran reverencia, ya que nunca había visto un pelo azul tan hermoso.

Y Tulippa hizo una reverencia igual de grande, ya que pensaba que su pelo rojo era bastante encantador. Entonces todos le siguieron por la escalera de caracol, todo el camino hasta llegar a la planta de arriba estaba hecho de cristal, donde ellos podían ver el mar en todas las direcciones. En medio de la habitación de la torre había una mesa en la que había un enorme y humeante pudin marino.

“¿De verdad es para nosotros?” preguntó Mominmamma. “Por supuesto” dijo el niño. “Yo observo desde aquí cuando hay una tormenta y todo el que la evita y acaba en mi puerto, está invitado. Así es como ha sido siempre”. Entonces ellos se sentaron alrededor de la mesa y después de un rato muy corto todo el cuenco estaba vacío. (La pequeña criatura, que a veces no tenía muy buenos modales, cogió el cuenco poniéndolo debajo de la mesa y lo lamió hasta dejarlo completamente limpio).

“Muchísimas gracias” dijo Mominmamma “Debes de haber invitado a mucha gente aquí para comer. Debo pensar”

“Oh, sí” dijo el niño. “Gente de cada rincón del mundo. Snufkins, fantasmas marinos, Little Creeps y Big Folk, Snorks y Hemulens. Y el extraño rape también”

“Supongo que no has visto a ningún Moomin por casualidad, ¿verdad?” preguntó Moominmamma, y estaba tan emocionada que su voz temblaba.

“Sí, uno” dijo el niño. “Fue después del ciclón del pasado lunes”. “Me pregunto si pudo haber sido Papa” gritó Moomintroll. “¿Seguía metiendo su cola en su bolsillo?”

“Sí, realmente lo hacía”, dijo el niño. “Recuerdo eso particularmente porque era muy gracioso. Entonces Moomintroll y su madre estaban tan felices que se lanzaron a los brazos del otro, y la pequeña criatura saltaba y gritaba: ¡hurra!”.

“¿Dónde fue?”, preguntó Moominmamma.”¿Dijo algo en particular? ¿Dónde está? ¿Cómo estaba?.

“Bien”, dijo el niño. “Cogió el camino hacia el sur”.

“Entonces debemos ir tras él de una vez.”, dijo Moominmamma. “Quizás le alcanzaremos. Rápido, niños. ¿Dónde está mi bolso?. Y entonces bajó por la escalera del caracol tan rápido que apenas podían seguirla.

“¡Espera!”, gritó el niño. “ ¡Esperad un poco!” Él los alcanzó en la puerta.

“Tienes que perdonarnos por no despedirnos adecuadamente”, dijo Moominmamma, que estaba dando saltos de impaciencia. “Pero como ves...”.

“No es eso”, dijo el niño. “Hermosa Tulippa, supongo que no te gustaría quedarte conmigo, ¿verdad?”.

“Oh, si, contestó Tulippa”, y parecía feliz. “Todo el tiempo que estuve sentada allí, estaba pensando en cómo brillaría mi pelo para los marineros en tu torre de cristal. Y soy muy buena haciendo pudin marino. Pero de repente se puso un poco nerviosa, y miró a Moominmamma. “Por supuesto que me gustaría ayudarte a buscar también...”dijo. “ Oh, nos las arreglaremos, supongo”, dijo Moominmamma. “Os mandaremos una carta y os contaremos lo que ha pasado”.

Entonces todos se abrazaron y despidieron y Moomintroll se fue hacia el sur con su madre y la pequeña criatura. Todo el día caminaron por el floreciente paisaje, el cual le hubiera gustado a moomintroll explorar él mismo. Pero su madre tenía prisa y no le dejaría parar.” ¿Habías visto alguna vez árboles tan divertidos?” preguntó la pequeña criatura.

“Tienen troncos larguísimos y luego una pequeña borla en la cabeza.”

“¡Eres tú quien eres tonto!”, dijo Moominmamma, que estaba nerviosa. “Realmente, son palmeras y siempre lo parecen”. “¡Es cierto!”, dijo la pequeña criatura, y se ofendió.

Empezó a hacer mucho calor por la tarde. Por todas partes las plantas cayeron, y el sol se puso con una tenebrosa luz roja. Y aunque a los Moomins les gusta mucho el calor, estaban cojeando y les gustaría descansar debajo de los grandes cactus que crecían por todas partes. Pero Moominmamma no pararía hasta que no encontrasen algún rastro de Moominpappa. Ellos siguieron su camino, aunque ya estaba empezando a oscurecer, siempre hacia el sur. De repente, la pequeña criatura se paró y escuchó: “¿Qué son esos ruidos que hay a nuestro alrededor? Preguntó. Y ahora pudieron escuchar un susurro y un crujido entre las hojas. “Es sólo lluvia”, dijo Moominmamma. “De todos modos, debemos arrastrarnos por debajo de los cactus.”

Toda la noche llovió, y por la mañana estaba lloviendo a cántaros. Cuando miraron a su alrededor todo estaba gris y triste.

“No está bien, tenemos que irnos”, dijo Moominmamma. “Pero aquí tengo algo para vosotros que he estado guardando hasta que fuese realmente necesario”. Y entonces ella sacó una gran barra de chocolate de su bolso. La ha llevado con ella desde que estuvieron en el maravilloso jardín del anciano. Ella la partió y le dio un trozo a cada uno. “¿No vas a comer nada?”, preguntó Moomintroll. “No”, dijo su madre. “No me gusta el chocolate”.

Entonces ellos caminaron sobre la lluvia durante todo ese día y al día siguiente también. Todo lo que encontraron para comer fueron unas pocas batatas empapadas y uno o dos higos. Al tercer día llovió incluso más fuerte que nunca y cada pequeño riachuelo se había convertido en un arroyo espumoso. Se hacía cada vez más difícil progresar, el agua subía sin cesar, y al final tuvieron que subirse a una pequeña roca para no ser arrastrados por la corriente. Allí se sentaron viendo cómo los remolinos se acercaban más y más a ellos, y sintiendo que se iban a resfriar.

Flotaban por todas partes muebles y casas y grandes árboles que el diluvio arrastró.

“¡Creo que quiero irme a casa!” dijo la pequeña criatura, pero nadie le escuchó. Los demás habían visto algo extraño que bailaba y daba vueltas mientras se dirigía hacia ellos en el agua. “¡Ellos han sido naufragos!”, gritó Moomintroll, que tenía los ojos entusiasmados. “¡Una familia entera! ¡Mamma, tenemos que rescatarles!” La cosa que se tambaleaba e iba hacia ellos era un sillón tapizado, a veces se quedaba atrapado en las copas de los árboles que sobresalían del agua, pero la corriente lo liberaba y hacía que fuese a la deriva. En la silla se sentó un gato mojado con cinco gatitos iguales mojados a su alrededor. “¡Pobre madre!”, gritó Moominmamma, y saltó al agua, que le llegaba a la cintura. “¡Agárrate a mí, e intentaré cogéles con mi cola!”.

Moomintroll agarró fuerte a su madre, y la pequeña criatura estaba tan exaltada que no podía hacer nada. Ahora el sillón hacía remolinos, Moominmamma ató su cola rápidamente con un nudo alrededor de uno de los reposabrazos, y entonces empujó. “¡Estira!”, gritó Moomintroll. “¡Hey, hey”, gritó la pequeña criatura. “¡No le dejes ir!” Lentamente la silla se balanceaba hacia la roca, y entonces una ola llegó y le guió hacia la tierra. El gato cogió a sus gatitos por el pescuezo, uno por uno, y los puso en una fila para secarlos.

“Gracias por tu ayuda”, dijo ella. “Éste es el peor apuro por el que he pasado”. “¡Por todos los demonios!”.

Y entonces ella empezó a lamer a sus hijos.

“Creo que el tiempo se está despejando” dijo la pequeña criatura, que quería hacerlos pensar en otra cosa (estaba avergonzado porque no había conseguido ayudar en el rescate). Y era cierto – las nubes se estaban yendo y un rayo de luz descendió y luego otro y, al final, el sol estaba brillando sobre la enorme y espumeante superficie del mar.

“¡Hurra!” gritó Moomintroll “Ahora todo parece estar bien, verás”

Una pequeña brisa surgió, empujó las nubes y sacudió las copas de los árboles que estaban llenos de agua de lluvia. El agua agitada se calmó, en algún lugar un pájaro comenzó a trinar y un gato ronroneó al sol. “Ahora podemos continuar” dijo Moominmama con firmeza “No tenemos tiempo para esperar hasta que el agua se vaya. Subid al sillón, niños, y entonces lo empujaré al lago” “creo que me quedaré aquí” dijo el gato, y bostezó “Uno nunca debe involucrarse en un alboroto innecesario. Cuando el suelo esté seco volveré a casa.” Y sus cinco mininos, que se habían recuperado al sol, se sentaron y bostezaron también.

Entonces Moominmama empujó el sillón de la orilla. “¡Id con cuidado!” gritó la pequeña criatura. Estaba sentado en el respaldo mirando a su alrededor, porque se le había ocurrido que pudieran encontrar algo valioso flotando en el agua tras la inundación. Por ejemplo un cofre lleno de joyas. ¿Por qué no? Mantuvo una estrecha vigilancia cuando, de repente, vio algo brillando en el agua, gritó fuerte con excitación “¡Vayamos por ahí!” gritó “¡Hay algo brillando por ahí!”

“No tenemos tiempo para pescar todo lo que flote” dijo Moominmama, pero remó en esa dirección de todos modos, porque era una Mama genial.

“Es solo una vieja botella” dijo la pequeña criatura, decepcionado, cuando la levantó con su cola. “Ni una dulce bebida dentro” dijo Moomintroll

“¿Pero no lo veis?” dijo su madre seriamente. “Hay algo muy interesante, es un mensaje en una botella. Hay una carta dentro” Entonces cogió un sacacorchos de su bolso y descorchó la botella. Con manos temblorosas, extendió la carta en su rodilla y la leyó en alto:

“Querido descubridor, por favor, ¡haz lo que puedas para rescatarme! Mi preciosa casa ha sido barrida por la inundación y ahora estoy sentado con hambre y frío en un árbol mientras el agua sube más y más. Un infeliz Moomin”

“Solo, con hambre y frío” dijo Moominmama y lloró. “¡Oh, mi pobre y querido Moomintroll, tu padre probablemente se ahogó hace mucho!”

“No llores” dijo Moomintroll. “Él estará sentado en un árbol en algún lugar muy cerca. Después de todo, el agua está bajando tan rápido como puede.” Y así fue.

Aquí y allí montículos, cercas y tejados ya sobresalían por la superficie del agua, y ahora los pájaros cantaban tanto como podían sus voces.

El sillón empezó a moverse lentamente junto a la colina en la que mucha gente corría, sacando sus pertenencias fuera del agua. “Ahí está mi sillón”, gritó un gran Hemulen que estaba reuniendo todos sus muebles en la orilla. “¿Qué crees que estás haciendo navegando en mi sillón?”

“¡Y un barco podrido lo hizo también!” Dijo Moominmamma de mal humor, y desembarcó. “Venid, niños”. Y ellos caminaron hacia la orilla, mientras el Hemulen examinaba las cosas blancas que había en su silla.

“¡Mira!”, dijo Moomintroll, señalando a una cigüeña marabú que pasaba por allí, regañándose a sí mismo. “Me pregunto qué habrá perdido- ¡parece incluso más enfadado que el Hemulen!”

“Mi querido e insolente niño!, dijo la cigüeña marabú, que tenía muy buen oído. “Si tuvieses casi 100 años y hubieses perdido tus gafas, no estarías precisamente satisfecho.” Y entonces se dio la vuelta y siguió con su búsqueda. “Ven ahora mismo”, dijo Moominmamma. “Tenemos que buscar a tu padre.”

Ella cogió a Moomintroll y a la pequeña criatura de la mano y se apresuraron. Después de un rato vieron algo brillando en la hierba en la que el agua había disminuido. “¡Apuesto a que es un diamante!”, gritó la pequeña criatura. Pero cuando miraron desde más cerca, vieron que eran sólo un par de gafas.

“¿Crees que son de la cigüeña marabú, mamá?”, preguntó Moomintroll. “Por supuesto”, dijo. “Supongo que deberías volver corriendo y dárselas. Pero date prisa, que tu pobre padre está sentado en algún lugar hambriento, mojado y solo.”

Moomintroll corrió tan rápido como pudo con sus piernas cortas, y lejos vio a la cigüeña marabú hurgando en el agua. “¡Hola, hola!”, exclamó. “¡Aquí están tus gafas, tío cigüeña!”

“¿De verdad?” dijo la cigüeña marabú muy agradecida. “Quizás no seas un niño imposible después de todo.” Y entonces se puso sus gafas y movió la cabeza de un lado a otro.

“Me temo que debo irme de una vez”, dijo Moomintroll. “Como ves, nosotros también estamos buscando”. “Bien, bien”, dijo la cigüeña marabú con voz agradable. “¿Qué estáis buscando?” “A mi padre”, dijo Moomintroll. “Está subido a un árbol en algún lugar.”

La cigüeña marabú pensó durante mucho tiempo. Entonces dijo de manera contundente: “Nunca podrás conseguirlo solo. Pero te ayudaré, porque tú encontraste mis gafas”.

Entonces cogió a Moomintroll con su pico, con mucho cuidado, y lo puso en su espalda, movió sus alas varias veces y navegó hacia la orilla.

Moomintroll nunca había volado, y pensó que era muy divertido, y un poco raro. Él también se sintió orgulloso cuando la cigüeña marabú aterrizó junto a su madre y a la pequeña criatura.

“Estoy en deuda contigo por tu ayuda, señora”, dijo la cigüeña marabú, haciéndole una reverencia a Moominmamma. “Si la familia sube a bordo nos iremos de una vez.” Y entonces la subió a ella primero y después a la pequeña criatura, que gritaba de emoción. “Agárrate fuerte”, dijo la cigüeña marabú. “Nos vamos a ir volando sobre el agua ahora.”

“Creo que esto es lo más maravilloso por lo que hemos pasado hasta ahora”, dijo Moominmamma. “Volar no da tanto miedo como pensaba”. “¡Ahora sigue buscando a Moominpappa por todas partes!”

“La cigüeña marabú voló en círculos y bajaba lentamente en cada copa de los árboles. Ellos vieron a mucha gente sentada en medio de las ramas, pero ninguno de ellos era quien estaban buscando. “Tengo que rescatar a ésos de ahí más tarde”, dijo la cigüeña marabú, que había hecho de la expedición de rescate algo divertido. Él voló sobre el agua durante mucho tiempo, el sol se puso, y todo parecía muy esperanzador. De repente, Moominmamma gritó: ¡ahí está! Y empezó a mover los brazos tan fuerte que estuvo cerca de caerse.

“¡Papa!” gritó Moomintroll, y la pequeña criatura gritó también, sólo por acompañarle.

Allí, en una de las ramas más grandes de un árbol enorme se sentó mojado y triste Moominpappa, mirando por encima del agua. A su lado había atado una bandera. Él estaba tan asombrado y encantado cuando la cigüeña marabú aterrizó en el árbol, y toda la familia bajó a las ramas, que no podría haber dicho una palabra.

“No nos volveremos a separar”, sollozó Moominmamma, y lo tomó en brazos. “¿Cómo estás? ¿Estás resfriado? ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Estaba bien la casa que construiste? ¿Pensabas en nosotros a menudo?”.

“La casa estaba muy bien”, dijo Moominpappa. “Mi querido niño, ¡cómo has crecido!”

“Bien, bien”, dijo la cigüeña marabú, que estaba empezando a sentirse tocada. Creo que hubiese sido mejor haberte dejado en tierra seca e intentar rescatar a algunas más hasta que él se ponga. Es muy placentero rescatar gente. Y entonces lo volvió a llevar a la orilla mientras todos hablaban al mismo tiempo sobre todas las cosas terribles por las que han pasado. Toda la gente estaba junto a la orilla encendió fuego en los que calentarse y cocinar comida, ya que la mayoría habían perdido sus cosas. La cigüeña marabú dejó a Moomintroll, a su padre, a su madre, y a la pequeña criatura en una de las hogueras, y con una apresurada despedida se fue volando sobre el agua otra vez. “Buenas noches”, dijeron los dos rapas que habían encendido el fuego. “por favor, sentaos, la sopa estará lista en un momento”.

“Muchas gracias,” dijo Moominpappa. No tienes ni idea de la casa que tenía antes de la inundación. La construí entera yo mismo. Pero si consigo una nueva, serás bienvenido en cualquier momento”.

¿Cómo era de grande? Preguntó la pequeña criatura.

“Tres habitaciones, dijo Moominpappa. Una de color azul cielo, otra amarilla como la luz del sol y otra moteada. Y una habitación para invitados en el ático para ti, pequeña criatura. ¿de verdad quieres decir que viviríamos allí también? Pregunto Moominmamma, muy contento. “Por supuesto”, dijo. “Te busqué siempre, por todas partes. Nunca podría olvidar nuestra vieja y querida estufa.”

Entonces se sentaron y se contaron sus experiencias y comieron sopa hasta que la luna había salido y los fuegos empezaron a apagarse junto a la orilla. Entonces ellos pidieron prestada una manta al rape y se acurrucaron uno junto al otro y se durmieron.

A la mañana siguiente el agua había asimilado mucho y ellos estaban muy contentos cuando salió el sol. La pequeña criatura bailaba delante de ellos y ato un lazo en su cola porque estaba muy feliz. Se pasaron el día andando, y todos los lugares a los que fueron eran preciosos, ya que después de la lluvia salieron flores maravillosas por todas partes y los árboles para que los frutos cayesen entre ellos. Al final fueron a un pueblo que era más hermoso que cualquiera de los que habían visto antes. Y allí en el pueblo, en medio del prado, destacaba una casa que casi parecía una estufa, hornillo, muy elegante y pintado de azul. “¡Ésa es mi casa!” Gritó Moominpappa, fuera de sí y con alegría. “¡Debe haber flotado y aquí está!”

“¡Hurra!” Gritó la pequeña criatura, y entonces todos bajaron al valle para admirar la casa. La pequeña criatura incluso subió a la azotea, y allí grito más fuerte incluso, hasta por la chimenea colgaba un collar de grandes y reales perlas que habían permanecido allí durante la inundación.

“¡Ahora somos ricos!” Gritó. “¡Podemos comprar un coche e incluso una casa más grande!” “No”, dijo Moominmamma. “Esta casa es la más hermosa que tendremos jamás”.

Entonces ellos cogieron a Moomintroll de la mano y fueron a la habitación de color azul cielo. Y allí en el valle pasaron el resto de sus vidas, excepto unas pocas veces que salieron de allí y viajaron para cambiar de aires.